Se admiten suscriciones para fuera de esta capital al precio de UNA PESETA el trimestre.
Pago adelantado.

¡VERAN USTEDES!

Número suelto 5 céntimos. —Número atrasado 25 céntimos. — Precio para vendedores, 75 céntimos la mano de 25 ejemplares.—Anuncios, precios convencionales.

Periódico original escrito con mucha sal y muchísima intención, para dar la desazón á Cánovas y Pidal.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CASTELLÓ, 12, SEGUNDO IZQUIERDA.

AÑO I. MADRID 16 DE FEBRERO DE 1885. NÚM. 3.

¡JÁ, JÁ, JÁ!

El gobierno canovista
pidalino-clerical
y ultramontano-grotesco,
ha dado una prueba más
de sus *nobles* intenciones
y de su *bar... bianidad*.
(No sé si en el diccionario
han introducido ya
esta palabreja, pero
es mi objeto demostrar
que el gobierno canovista
es un gobierno *barbián)*.

—

El gobierno canovista
pidalino-clerical
y ultramontano-grotesco,
ha tenido la bondad
de disponer se nos forme
una causa criminal;
y nos parece muy bien
esta manera de obrar,
y muy digna del gobierno
pidalino-clerical
que, como hemos dicho antes,
es un gobierno *barbián*.

—

El número dos de este
semanario original,
fué recogido hace días
de orden de la autoridad.
El martes último fuimos
al juzgado á declarar,
preguntaron, contestamos
—como era natural—
y, por fortuna, no hubo
desgracias que lamentar.

—

¡Oh gobierno canovista
pidalino-clerical
y ultramontano-grotesco!
la redacción del ¡VERÁN USTEDES! sabe muy bien
lo que se debe esperar
de tus hombres; sin mirarte
su camino seguirá...
¿Que tropieza y se hace daño?...
Pues paciencia y barajar...
Tras la noche viene el día;
no ha de ser eterno el mal...
¡Cómo nos reímos, cómo,
al ver tu... *barbianidad!*
(Ya sabes que esta palabra
se deriva de *barbián.)*
¡Hasta el próximo tropiezo!
¡Adios, adios!... ¡Já, já, já!...

PIGMEO.

SECCIÓN POLÍTICA.

MÁSCARAS Y MASCARONES.

Revista político-carnavalesca en un acto y cinco cuadros.

PERSONAJES.—Canovés.—Tejado.—Silbido.—Cosgallina.—Antequiero.—Geráneo.—Curriyo.—Alejandro.—Pepe.—Mateo.—Pueblo.—Periodista chino.—Un criado.—Cristina.—Segismunda.—Emilia.—Pura Democracia.—Máscara 1.ª—Máscara 2.ª—Máscara 3.ª—Máscara 4.ª—Esperanza.—Estudiantina.—Máscaras diversas.—Comparsa de niños.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Salón-comedor. En el centro mesa grande con platos, botellas, manjares etc. En medio de la mesa una gran sopera con un letrero que diga «Presupuesto.» Los comensales sentados alrededor de la mesa. El sitio preferente lo ocupa Canovés.

ESCENA I.

CANOVÉS, TEJADO, SILBIDO, COSGALLINA, ANTEQUIERO, GERÁNEO, CURRIYO, ALEJANDRO Y PEPE. *Se disponen á empezar la comida.*

CAN. Señores, sírvanse ustedes
como siempre, sin cumplidos.
TEJ. Voy á complacerle á usté.
(Sirviéndose.)
SILB. La verdad es, buen amigo,
que tengo un hambre feróz.
(Sirviéndose.)
COSG. Yo también... *(Se sirve.)*
CAN. Vamos, Curriyo,
¿estás desganado?
CUR. No;
todo lo contrario, chico.
(Se sirve.)
GER. Con el paseo de hoy
se despertó mi apetito
de tal manera... *(Idem.)*
ALEJ. Lo creo;
á mí me pasó lo mismo.
(Sirviéndose.)
¡Oh! como hubiese encontrado
un mesón, un ventorrillo,
una casa de comidas...
CAN. ¿Qué hubiera usted hecho, amigo?
ALEJ. Ya puede usted figurárselo:
¡atracarme de lo lindo!
(Risas. Los comensales restantes se sirven.)
PEPE. *(A Alejandro con ironía.)*
¡Qué lástima, hombre, qué lástima!
Perder así el apetito...
debe usted tomar amargos.
ALEJ. *(A Pepe, en el mismo tono.)*
Gracias, no los necesito
por ahora; si algún día
me hiciesen falta, de fijo
tendría que ir á su casa.
PEPE. ¿Para qué?
ALEJ. Para pedírselos.
PEPE. No lo entiendo...
ALEJ. Es muy extraño
que no me haya usté entendido.
Usté que es tan perspicaz...
que tiene fama de listo...
fama justa, por supuesto,
PEPE. (¡Qué hipócrita es este tío!)
ALEJ. Ha debido comprender...
PEPE. *(Enfadado.)*
Pues hombre, no he comprendido.
ALEJ. Que es justo pida yo amargos
á quien los tiene...
PEPE. Ciertísimo;
mas como yo no los tengo...
ALEJ. Sea usted franco, amiguito;
todos saben que el asunto
de los Estados-Unidos
le ha proporcionado ratos
muy amargos... ¡amarguísimos!
¡Si ha tomado usté el acíbar
en dosis de medio kilo!
(Todos se rien menos Pepe. Alejandro cambia de tono).
Es una broma... Supongo
que no se habrá usté ofendido,
don José...
PEPE. ¡De ningún modo!
¡Ya ve usted como me rio!
(Ríese forzadamente).
CAN. Alejandro es muy bromista...
PEPE. (Te prometo chupa-cirios
que me las has de pagar).
SILB. Tiene mucho *chic*...
PEPE. ¡Muchísimo!
CAN. Mientras ustedes hablaban
nosotros hemos comido,
y, por tanto, disfrutado
de dos goces infinitos;
goce material el uno,
goce el otro del espíritu.
ALEJ. Tiene usted mucha razón.
Vamos, don Pepe, es preciso
recuperar al instante
todo el terreno perdido.
PEPE. De eso trato...
(Alejandro y Pepe comen con precipitación.)
CAN. Por mi parte
no quiero estar inactivo.
Voy á servirme otro trozo
de país... ¡Está bien frito!..
CUR. Yo encargué á los cocineros
que cuidasen de freirlo
todo lo posible; sé
que así te gusta ..
CAN. Curriyo,
muchas gracias.
CUR. No hay de qué.
TEJ. También yo encargué lo mismo.
SILB. Yo también.
COSG. Y yo.
GER. Y yo.
ALEJ. En fin; todos.
CAN. Pues, repito
á todos, lo que le dije
hace un momento á Curriyo.
Muchas gracias, muchas gracias
señores. Me felicito
nuevamente de teneros
á mi lado. Yo confío
en que hemos de estar así...
en armonía... reunidos
alrededor de esta mesa,
muchos años...
ALEJ. ¡Jesucristo
le oiga y haga se realicen
esos dulces vaticinios!
CUR. Pues yo te aseguro, Antonio,
que mientras esté Curriyo
en esta casa, el país
lo has de comer tú bien frito,
porque he de cuidarme...
ALEJ. Todos
cuidaremos de lo mismo.
(Asentimiento general. Pausa durante la cual comen todos).
CAN. Les aconsejo que prueben
estos pollos, son riquísimos...
¡Qué sabor tan agradable!
No recuerdo haber comido
carne más tierna ..
COSG. Sin duda
serán pollos jovencitos...
CAN. Jóvenes son, en efecto;

me los regaló un amigo
que se llama Villaverde...
COSG. Ya le conozco; es buen chico.
CAN. Y mis cocineros han
hecho un excelente guiso
á la Olivera...
ALEJ. ¡Jesús,
si es mi plato favorito!
Permítame usté que pruebe
manjar tan delicadísimo!
(Se sirve.)
CUR. *(A Canovés.)* ¿Quiéres otro periodista?
CAN. Venga... Con este van cinco.
Es plato que no me cansa.
ALEJ. ¡Oh! es un plato exquisito...
CAN. La salsa de calabozo
sienta muy bien á estos bichos.
ALEJ. Creo que estarían mejor
con salsa de cuatro tiros.
CAN. Pues ya diré que los pongan
del modo que usted ha dicho!
ALEJ. Le han de gustar.
CAN. Ya lo creo.
Un día con ese aliño
me comí yo un par de aves
cazadas por un amigo
en Santa Coloma.
ALEJ. Ya
recuerdo; usted me lo dijo.
CAN. ¡Y que me chupé los dedos!
(Pausa corta.) (A Pepe.)
Pruebe usté estos pepinillos;
están muy bien conservados;
me los regaló un mestizo
de las provincias del Norte.
CUR. *(A Pepe.)* Pero, hombre, ese Dionisio
nos ha puesto en un apuro...
PEPE. ¡Calle usté, por Dios, Curriyo!
Desde que se supo el lance
estoy hecho un basilisco.
Yo fuí débil... lo confieso...
pero ¿qué iba á hacer? El chico
necesita cuartos, como
cada hijo de vecino...
Vió diez mil pesetas, y...
¡figúrese usted el brinco
qué daría!
CUR. ¡Vaya un salto!...
Yo hubiera hecho lo mismo.
PEPE. ¡Y yo!... ¡Si no puede ser
más natural lo que hizo!
Los que critican la venta
lo hacen—¡es claro!—movidos
por la envidia...
TEJ. *(A Geráneo.)* ¿Qué tal vamos
de cintas, de cordoncillos,
de botones, de costuras
y de pespuntes?
GER. Medito
grandes modificaciones
que han de ser de positivos
resultados; por lo pronto
haré que en los calzoncillos
se coloque la abertura
por detrás; así los quintos
podrán aprender la táctica
en menos tiempo. Los vicios
de que adolece el ejército
me tienen muy pensativo,
pero tengo confianza
en todos mis específicos.
Una cuarta más de paño,
un botón, un dobladillo,
la hechura de un pantalón,
la consistencia del hilo...
en fin, todas esas cosas
en que yo al punto me fijo,
sirven para precaver
y evitar ciertos peligros...

ESCENA II.

DICHOS. CRIADO *por la puerta del foro.*

CDO. *(Desde la puerta).*
Señor...
(Alzando la voz.) ¡Señor!
CAN. *(Volviéndose rápidamente.)*
¡Qué! ¿Qué pasa?
CDO. Que don Mateo ha venido
con tres señoras.
PEPE. ¿Son jóvenes?
CUR. ¿Son guapas?
CAN. Pero, ¡Curriyo!...
(Al criado.)
¿Quiénes son esas señoras?
¿Las conoces tú? ¿Te han dicho
sus nombres?
CDO. No los dijeron;
pero yo aquí las he visto
muchas veces... Una gasta
anteojos...
CAN. Ya imagino
quién puede ser.
CDO. Y la otra
tiene un lunar en tal sitio
(Señalando á la izquierda de la boca y al punto en que se unen ambos labios.)
CAN. Vamos; ya sé quiénes son;
que pasen todos...
(El criado hace una reverencia y desaparece.)

ESCENA III.

DICHOS, *ménos el* CRIADO.

CAN. He dicho
que pueden pasar aquí,
porque ya hemos concluído
de comer, y como quiera
que los platos están limpios...
CUR. ¡Más limpios que una patena!
CAN. Se ahorra uno el compromiso
de invitarlos.
ALEJ. Y el dolor
de que acepten, pues de fijo
aceptarían.
CAN. Es gente
que no repara *en pelillos*,
y sobre todo Mateo,
el tal Mateo es un tipo
que por comer es capaz
de abofetear á Cristo.

ESCENA IV.

LOS ANTECEDENTES. MATEO, CRISTINA, EMILIA *y* SEGISMUNDA *por el foro.*

MAT. ¡Oh señores!
CAN. *(Levantándose y yendo al encuentro).*
¡Tanta honra
para esta humilde vivienda!
(Todos se levantan y contestan con inclinaciones de cabeza á los saludos que en la misma forma hacen los recien llegados.)
CAN. *(Estrechando las manos de los que va saludando).*
Salud al afortunado
mortal, y á las tres bellezas
que le acompañan...
MAT. *(A Canovés.)*
Salud
al fénix de la elocuencia.
CAN. *(A Segismunda.)*
Usted tan encantadora
como siempre.
(A Cristina.) Usted tan bella
como de costumbre...
(A Emilia.) Emilia,
la encuentro á usted...
CUR. (Muy flamenca.)
CAN. Tomen ustedes asiento,
señoras mías...
(Adelantan Mateo y las señoras hasta colocarse delante de la mesa. Se sientan éstas. Los comensales formados en grupos en último término, aparentan hablar.
CAN. Quisiera
hallar frases que pudiesen
dar á conocer la pena
que siento en este momento
al notar que ustedes llegan
en el instante preciso
en que ha terminado nuestra
frugal comida. No puedo
explicar lo que me afecta...
MAT. Pero, ¡por Dios, don Antonio!
(¡para el diablo que te crea!)
no sufra usté por tan poca
cosa... ¡Valiente simpleza!
CRIS. En nombre de la amistad,
le suplico á usted no vuelva
á hablar del asunto.
SEG. Y yo
le hago igual súplica ..
EMIL. Idéntica
á las anteriores, es
la mía...
CAN. Juro obediencia,
porque esas súplicas son
para mí orden severa.
MAT. Ya sabe que entre nosotros
hay amistad y franqueza;
si no hubiésemos comido
lo diríamos, ¿no es esta
la verdad?
(Cristina, Segismunda y Emilia hacen signos afirmativos.)
Pero hace poco
que comimos... (Sí, friolera;
quince meses hace ya
que no como... ¡Santa Tecla!)
CAN. Si es así, me tranquilizo.
MAT. (¡Lástima no te murieras!...
(Echando una ojeada á la mesa mientras Canovés aparenta hablar con las señoras.)
(¿A que no han dejado ahí
ni una mísera chuleta?...
¡Cá!... ¡ni agua!... ¡qué Heliogábalos!)
(A Canovés.) Hombre, á propósito, estas
señoras quieren pedirle
un favor...
CAN. ¡Oh! Los que quieran.
MAT. Yo explicaré sus deseos...
CAN. Yo prometo complacerlas.
MAT. Esta noche, en el Teatro,
tiene lugar una fiesta
muy original.
CAN. Es cierto;
de once á cuatro se celebra
un baile de trajes y
un certámen de bellezas.
La gente de buen humor
que en nuestra bendita tierra
abunda tanto, ha tenido
esa feliz ocurrencia,
para hacer más grato el último
día de Carnestolendas.
MAT. Pues bien; las señoras quieren
asistir á esa gran fiesta.
CAN. Deseo muy natural;
son las tres á cuál más bella.
LAS TRES. *(Fingiendo ruborizarse.)*
¡Jesús! ¡Tiene usté unas cosas!
CAN. Y son á cual más modestas.
¡Cuántas van á llorar hoy
de despecho y de vergüenza
al ver esos hechiceros
rostros...
(Vuelven á fingir rubor.)
MAT. Bien, pero quisiera
que usted nos facilitara
las oportunas tarjetas.
Puesto que usté es director
del Gran Teatro, en la época
presente, le será fácil...
CAN. ¡Ya lo creo! ¡Bueno fuera
que no complaciese yo
á tan ilustres doncellas!
Pasemos á mi despacho
y quedará satisfecha
esa justa petición
que me honra sobremanera.
CRIS. ¡Oh! gracias...
SEG. ¡Gracias!
EMIL. ¡Mil gracias!
(Levantándose y dirigiéndose hacia la derecha.)
CAN. ¡Oh, no merece la pena...
(Saludan á los de los grupos y éstos corresponden.)
En cosas de más valía
quisiera yo complacerlas...
(Vánse los cinco por la derecha.)

ESCENA V.

Los ocho personajes que han quedado en la escena, adelantan hacia el proscenio. Se supone que algunos dicen en voz muy baja chistes relativos á las señoras de la escena anterior. Risas. Algunos se sientan. Permanecen otros de pié parados ó paseándose.

CUR. ¿Han visto ustedes, señores,
qué flamenca está Cristina?
PEPE. Pues Emilia está divina.
SILB. ¿Y los ojos seductores
de Segismunda Moreto
nada valen?
COSG. ¡Qué muchacha!
linda, jovial, vivaracha...
me vería en un aprieto
si yo tuviese que dar
mi voto á la más hermosa.
TEJ. (*A Cosgallina.*)
Y si á la más candorosa
tuviese usted que votar,
¿para cuál de ellas sería
el voto?
COSG. La solución
de esta última cuestión
héla aquí: no votaría.
El candor de esas deidades
hace tiempo que... voló. (*Risas.*)
SILB. Pero, hombre... ¿Quién le enteró
de esas minuciosidades?

COSG. ¡Já... já... ja...! ¡Toda la gente!
desde el más torpe al más pillo
saben que...
(A Curriyo haciendo una demostración picaresca que provoca la risa de todos.)
¿Verdad, Curriyo?
¿verdad que sí?...
SILB. ¡Maldiciente!
CUR. Sé que en la verdad se funda
cuanto ha dicho Cosgallina;
(*A Silbido.*)
¡fíese usté de Cristina,
de Emilia y de Segismunda!
Muchos años hace ya
que las conozco, y que sé
ciertas aventuras de
esas damas...
SILB. ¡Claro está!
Usté, tan aficionado
á indagar agenas vidas
y á buscar frutas prohibidas
en el ajeno cercado,
debe estar muy al corriente
en historias amorosas;
¡usté sabe muchas cosas!...
(¡Chúpate esa!)
CUR. (¡Qué ente!
¡ente más estrafalario!...
si me atufo vas á ver
lo que te va á suceder...)
(*A Silbido.*)
Nada hay de extraordinario
en lo que yo he dicho antes;
hablé con franqueza ruda...
siempre la verdad desnuda
asusta á los ignorantes!
SILB. (*Con acritud.*)
¡Ignorantes!... Desearía
que usted me explicase...
GER. (*Interviniendo*). Vamos,
señores... ¿verdad que estamos
en la mejor armonía?
(*Asentimiento general. Todos rodean á Curriyo y á Silbido.*)
CUR. ¿Quién lo duda? Si aquí todos
pensamos de igual manera...
SILB. Nuestra amistad es sincera...
CUR. Nunca de diversos modos
apreciamos un asunto.
¡Qué unión tan grande! No es broma;
basta que uno diga «coma...»
GER. (Para que otro diga «punto.»)
SILB. ¡Ciertamente!
CUR. (*Mirando al reloj.*)
Tarde es ya;
¿nos marcharemos?
GER. Por mí,
cuando ustedes gusten.
CUR. ¿Sí?
Pues vamos.
GER. ¿Qué pasará
ahí adentro? La entrevista
se prolonga...
CUR. No es extraño;
á los recuerdos de antaño
estarán pasando lista.
Conque, vaya, caballeros,
á gozar del Carnaval;
á vestirse cada cual.
Vámonos de aquí ligeros.
Ya se perciben las voces,
escuchad... ¡qué algarabía!
(*Se oyen gritos y carcajadas de máscaras que se supone pasan por la calle.*)
CUR. ¡Viva, viva la alegría!
(*Voces atipladas de máscaras gritan dentro.*)
¿Me conoces? ¿Me conoces?
Cae telón de calle.

(Se concluirá.)

¡SEA USTED DECENTE!

Pero ¡qué romo es usted,
señor Romero, qué insulso!
¿A qué vienen esos gestos
alusivos á un tribuno,
que para mirarle usted,
antes debe usted con pulso
limpiarse muy bien los ojos,
porque los tiene muy turbios?
Pues no es nada lo del ojo,
y lo llevaba en el puño.
Apenas, hombre... atrevido,
que se eleva como el humo,
por más señas, andaluz,
buena dentadura y rubio,
se atreve ante un Castelar,
cuya fama es en el mundo
notoria... se atreve el... vamos,
á hacer gestos de mal gusto
con visos de mofa... ¡Tonto!
Sólo le queda el recurso
que al mono: hacer el ridículo
y provocar con absurdos
risa, lástima ó desprecio,
y otras cosas que no apunto.
Joven, sea usted decente,
y sobre todo ante un público.

CLORO.

MENUDENCIAS.

El personal encargado
de recoger ejemplares
del número denunciado,
hizo, según me han contado,
hazañas muy singulares.
Parece que los agentes
anduvieron diligentes
en repartir pescozones.
¡Oh campeones valientes!
¡Oh valientes campeones!
Admiro vuestro valor;
el pegar á los chicuelos
os ha cubierto de honor...
Sois más valientes ¡oh cielos!
que el célebre Campeador.

—

Seis navajas de afeitar
¡ay Dios! se han estropeado,
al rasurar ayer tarde
al joven Cristino Martos.

—

Cánovas está que bufa,
y Romero está que embiste,
y Pidal está que trina...
¡Vaya, que ustedes se alivien!

—

En el siglo de las luces
se inventan cosas muy raras;
por ejemplo, monigotes
para servir de pantallas.

—

En la boca de Romero
puso un pianista sus manos
porque creyó que sus dientes
eran teclas de piano.

—

Descubrimiento importante:
el general Requesón
en vez de cabeza tiene
un melón.

—

Ya por el Oriente asoma
la luz de la aurora bella,
y hacia el Occidente huyen
con rapidéz las tinieblas.
Ya se iluminan los campos,
ya los pájaros despiertan,
y van los trabajadores
alegres á sus faenas.
El murmullo del arroyo
que en el valle serpentea,
los cánticos de las aves
que en el espacio se elevan,
el perfume de las flores
que matizan la pradera,
el color azúl del cielo
y el verdoso de la tierra,
hacen exclamar al hombre
que tales cosas observa:
—¡Oh! qué preciosos serían
los dias de primavera
si en el mundo no existiesen
la maldad y la simpleza,
el cinismo, la ambición,
el crímen, la desvergüenza...
¡Oh qué preciosos serían
los dias de primavera
si no hubiese canovinos,
si fusionistas no hubiera,
si no existiesen los zurdos,
si los carcas no existieran,
y si no hubiese monarcas,
ni templos, ni *gente negra*!

—

Denunciado *El Porvenir*,
y denunciado *El Progreso*,
y *El Defensor de Granada*....
¡Hombre, si estamos *al pelo!*

—

Caballero don Raimundo...
¡Caballero!..
Nuestro número primero
que no fué, como el segundo,
denunciado,
ha sufrido
suerte igual á la de éste,
puesto que lo han recogido....
Espero que me conteste
si esto es justo y razonable.
¡Hable, hable!..
Caballero don Raimundo...
¿Quién ordenó á los agentes
una cosa tan injusta?
¡Se ven cosas en el mundo! ...
¡Hay en el mundo unos entes!..
¡Vaya, vaya!.. ¡Pues me gusta!..
El lance tiene salero....
¡Quitar á los vendedores
nuestro número primero!
Diganme ustedes, señores:
¿Qué delito ha cometido
el número mencionado?
¿Y por qué lo han recogido
si no ha sido denunciado?..
¡Caballero!
la contestación espero.

—

—¿Ha visto ustéd á Pidal?
—Me parece que le he visto
en la Historia Natural.

—

Los infelices obreros,
hambrientos, extenuados,
fueron hace pocos dias
en demanda de trabajo
hasta la puerta de entrada
de un magnífico palacio.
Los infelices obreros,
silenciosos, cabizbajos,
delante del régio alcázar
con respeto se pararon;
y Oliver llegó al instante
con un batallón de vándalos,
como diciendo:—Aquí estoy
para armar el zafarrancho.
Los infelices obreros
con afan solicitaron
ver al monarca español,
para pedirle trabajo.....
Los balcones del alcázar
permanecieron cerrados;
el rey no pudo asomarse
por motivos que ignoramos...
.....
A mi me parece que
no hacen falta comentarios.

—

Con verdadero placer,
damos gracias expresivas
á los queridos colegas
de Madrid y de provincias
que se han ocupado de
nuestra reciente *cogida*.
Mucho, mucho agradecemos
las frases que nos dedican;
cuenten todos ellos, con
nuestra eterna simpatía.

—

La cosa, señores,
no tiene malicia
como puede verse
por esta noticia:
«Anteayer ha sido preso
el director de *El Progreso*.
Cuando las barbas
de tu vecino
vieres pelar,
debes al punto
poner las tuyas
á remojar.

JUAN CUALQUIERA.

SECCIÓN ANTI-CATÓLICA.

¡HOMBRE!...

¡Pero qué *chirigotero*
es usted, señor Pidal!
No sé quién tendrá la culpa
para que sin más ni más
denuncien el «Yo no creo»
que á más de ser la verdad,
á mi parecer, no tiene
nada de particular...
¡y que el fiscal se me ponga

más terrible que un fiscal!..
¡Vamos! no tiene razón,
Don Alejandro... además
usted pensará lo mismo,
aunque con otro disfraz,
verbigracia, el de organista,
monaguillo ó sacristan;
porque usté es un buen ministro
de esa gente clerical,
por supuesto: y es preciso
tener mucha habilidad
para demostrar á un pueblo
honrado, noble y leal
que la sotanésca grey
no explota á la humanidad,
ejerciendo así una industria
con capa de santidad.
¡Pero qué chirigotero
es usted, señor Pidal!
¿Se ha escandalizado usted
del «Yo no creo?» No tal:
porque usted tiene un talento...
un talento... regular...
aunque algo sofista, y de esto
ni usted ni yo ¡voto á san!...
tenemos la culpa, sino
Dios que no le dió á usted más
fósforo en ese cerebro
clérico-ministerial.
Si usted se ha escandalizado,
tiene usted poca alma... ¡bah!
¿No me ve usté á mí tranquilo,
que no me asusto jamás,
y eso que es usted ministro
y que lo hace usted tan mal?
¿No le ve usté á don Antonio
el bizco, que es muy capaz
de enviar al otro mundo
más de media humanidad,
cuando mira grave y pone
un gesto inquisitorial?
¿Y no ve usted á don Paco
(que es el mozo más barbián
al estilo de Frascuelo)
que cuando quiere, es capaz
de enviar aquí más cólera
que hay en el Asia? ¡Bah, bah!
Pues, si esto no le sorprende,
por vida de Barrabás,
(no es por adular á usted)
pero aquí, con claridad,
para *inter nos*, le diré
que es un ministro de cal
y canto, muy á propósito
para adornar un altar,
verbigracia, el de un convento.
¿Quiere usted que diga más?
¡Pero qué chirigotero
es usted, señor Pidal!

ENRIQUE.

EL CURA DE PUEBLO.

Con humor endiablado
deja el cómodo lecho abandonado,
y lo deja vacío,
ó lo deja ocupado
(que en esto hay diferentes opiniones).
Pónese con gran prisa
la negra vestidura
y el sombrero de grandes dimensiones;
entre dientes murmura;
tose, escupe, se suena las narices,
restrégase los ojos y va á misa.
— ¡Felices, señor cura, muy felices!—
exclaman los que encuentra en su camino;
y todos le saludan con respeto,
y él contesta al saludo
unas veces amable, otras mohino,
porque es el hombre absolutista neto
y emplea, sin temer que se le tilde
de adulador cobarde,
con los humildes el lenguaje rudo,
con los soberbios el lenguaje humilde.

—

Estamos en un pueblo; es primavera;
en el Oriente arde
el gran disco solar, y sus destellos
iluminan el monte y la pradera
con resplandores bellos.
Los pajarillos cantan,
los hombres y mujeres se levantan
de prisa, muy de prisa;
los hombres para ir á sus faenas
y ganar el sustento
á fuerza de sudores y de penas,
y las mujeres para ir á misa
á orar y murmurar con santo celo
según vieja costumbre inveterada.
¿Y qué ganan allí?—¡No ganan nada!
—¡Hombre, ganan el cielo!—dirá alguno.
Este *alguno* bien puede ser un *tuno*.
El que esto escribe, opina
que sería mejor ganar el *suelo*,
porque tiene en la mente
presente, muy presente,
lo que dijo Bartrina:
—«*¿Y si luégo resulta que no hay cielo?*»

—

Mas volvamos al cura.
Este cura se llama don Ventura...
¡Buen acierto tuvieron
al ponerle ese nombre!
Sin duda presumieron
lo que iba á ser el héroe de esta historia.
Yo soy de parecer que todo hombre
que viste de sotana
debe llamarse así. ¿Hay en el mundo,
acaso, mayor gloria
y dicha más segura
que llegar á ser cura?
¡Quién lo pudiera ser desde mañana!

—

Entra el cura en la mina....
—esta *mina* es la iglesia, caballeros,
á mí me gusta designar las cosas
con claridad y nombres verdaderos.—
Múdase de disfraz y al punto empieza
ceremonia divina
compuesta de palabras misteriosas
dichas en idioma incomprensible;
contínuos movimientos de cabeza;
gritos, llantos ó voces
de algún nene gracioso
que trae su madre para que haga el oso;
ruidosas pisadas
de piés que son muy dignos de dar coces;
estornudos frecuentes;
toses fingidas, toses naturales;
oraciones nacidas en los dientes...
sonidos guturales...
¿Es esto religión ó es tontería?
¿Es una gran virtud ó es un gran vicio?
Este *fervor* profundo,
esta inutil y nécia idolatría,
¿es para los mortales
un beneficio? ¿es un perjuicio?...
¡Bien se puede afirmar que es lo segundo!

—

Dice el cura la misa
con la misma atención y reverencia
que yo uso al ponerme la camisa...
de un modo rutinario...
porque ¡naturalmente!
ponerse la camisa y decir misa
son cosas que se hacen á diario,
ó sea diariamente,
y por cierto con gran indiferencia.
Después de terminado
ese acto sagrado,
se va á almorzar el cura
—suponiendo que no haya ya almorzado—
y luégo á pasear por la pradera
á contemplar la mágica hermosura
con que el campo nos brinda en primavera;
ó se marcha á cazar; ó junto al río
pesca tranquilamente...
y lo cierto es que pesca con gran maña.
¡Oh, los curas!... No hay gente
que *pesque* como ellos en España.

—

Come con apetito
y suele echar la siesta el muy bendito.
Después vuelve á marcharse de paseo,
y toma chocolate y después cena,
y busca por la noche su recreo
jugando al dominó ó á la baraja,
echando tragos de la bota llena
de sabroso tintillo,
infalible elixir contra la pena;
comiendo alguna raja
de salchichón, ó algún chorizo crudo
ó trozo de cecina... ¡Pobrecito!
¡cuánto, cuánto trabaja,
y qué trabajo tan penoso y rudo!

—

Esta la vida es de don Ventura,
y esta la vida es de todo cura;
con las indispensables variaciones
que trae consigo el cambio de estaciones,
y según la importancia
del punto donde cobran
—léase al mismo tiempo *donde sobran*.—
Añádanse á ese cuadro los sermones,
bautizos, defunciones,
novenas, procesiones,
actos que bien merecen en conciencia
la calificación de *recreativos*
y que son además muy lucrativos,
y se tendrá una idea
de lo que es la existencia
de esos *negruzcos* séres...
Y oculto por prudencia
la parte más indigna... la más fea...
¡su invencible afición á las mujeres!

—

—¿Qué es un cura en sustancia?
—Es el símbolo fiel de la vagancia.

—

En más de una ocasión
me he preguntado:
—¿Podría el hombre honrado
vivir feliz sin templos, sin ficciones
impropias de los nobles corazones?
La idea es excelente aunque no nueva.
¡¡Sería conveniente hacer la prueba!!

JUAN VERDADES.

ANUNCIOS.

AGUA DE CARABAÑA,

PURGANTE, REFRESCANTE, DEPURATIVA, ANTIBILIOSA POR EXCELENCIA.

No se parece ni puede confundirse en sus efectos y resultados con ninguna otra agua ni productos; recomendada por los profesores de medicina que la han conocido.

No irrita ni produce dolores ni molestia alguna; se obtienen rápidas curaciones en las enfermedades del estómago, intestinos, hígado, bazo, mesenterio, etc., y en todas las afecciones herpéticas y escrofulosas del interior y exterior.

Ha obtenido cuatro grandes premios. Tres Medallas de Oro. Pídase la memoria científica.

Venta en todas las buenas farmacias y droguerías de España. Por mayor, Chávarri, Atocha, 87, Madrid.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

La más superior, la más aromática y la más barata. No hay otra que la iguale en aroma fino y delicado, bondad exquisita y baratura incomparable. Compite ventajosamente con las de más fama de Inglaterra, Francia y Alemania; con la de Violet, Farina, Agua Florida y otras extranjeras. A igualdad de tamaño que las de más renombre, es tres veces más económica, siendo entre todas ellas la que lleva la palma. Por eso está hoy de moda en la corte, y es la que hace furor entre las gentes de buen tono, apreciadoras de los perfumes finos, delicados é higiénicos y por añadidura muy económicos, cualidades que reune la superior **Agua de colonia de Orive**. El que usa una sola vez este acreditado perfume nacional es ya cliente seguro. Tonifica y suaviza el cutis librándole de asperezas, manchas y granos. Grandes botellas, de 3, 6 y 12 reales. De venta en toda farmacia y perfumería bien surtida. Exigir la inscripción de **Farmacia de Orive, Bilbao**, en el vidrio y en la cápsula, la firma S. DE ORIVE en blanco sobre verde y oro en la gargantilla del cuello y la marca de fábrica, y así se evita la falsificación.

LA ILUSTRACION POPULAR

REVISTA IBERO-AMERICANA.

Ayer se ha publicado el tercer número de esta interesante Revista, que dirigen los conocidos escritores Sres. Rodríguez-Solís y Luis A. de Neira.

Admite suscriciones, á una peseta cincuenta céntimos al trimestre, en la Administración, calle de la Bolsa, 5, 2.º

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL,
Platería de Martínez, 1.